

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

El libro de los valores

Sin perjuicio de comentar en otra vez la excelente antología del *Libro de los Valores* de don **Gustavo Villapalos**, el acto de su presentación editorial fue el más insólito regalo de Navidad que cabía esperar en la capital de un Reino corrompido por impúdicas ambiciones de poder, fama y dinero en sus clases dirigentes. Entre las estruendosas salvajes que despiertan cada mañana a una ciudad empapelada con documentos ensangrentados del Césid y con títulos valores de Fílesa; entre la espesa vaciedad de palabras que pervierten el sentido común y el orden de las exigencias morales en una vida civilizada; entre la bruma de la polución cultural que produce la fábrica del consenso; entre el torrente rumoroso de arrastre precipitado de nuevas piedras de escándalo; el acto de subversión de los valores de la Transición que tuvo lugar en la catacumba recién acristalada de Recoletos, donde unos hombres archiprudentes, entreverados de religión, cultura y política, mostraban a un público adulto la pedagogía moral que contienen los cuentos infantiles, parecía en sí mismo un cuento de hadas.

El humanista **Antonio Fontán** situó al libro de los doce valores, con precisa y breve elegancia, desde la perspectiva histórica de los textos clásicos. Así pudo tomar distancia, sin necesidad de decirlo, tanto de los comentarios introductorios como del criterio de selección antológica. Cuando el autor de las entradillas a los textos, **Alfonso López Quintás**, inició su largo parlamento, yo no sabía que era cura. Pero cuando empezó a repetir al final de cada frase esa ritual expresión de sonriente complacencia en la fuerza de su *logos* y en la superioridad comprensiva de lo que sólo es un problema para los otros, tan característica de los que hablan de las pasiones ajenas, sin experimentarlas, como científicos que resuelven con generosidad una ecuación de primer grado, comprendí que aquel santo hombre despejaba, con impropiedades de lenguaje y con desviaciones de sentido, las virtudes cristianas. Porque la caridad y la piedad son valores que sólo la demagogia llama solidaridad. Un valor social, pero no personal. Y ni la amistad entre ángeles puede ser simbolizada con la voz *tuya*, propia del amor en el poema de **Gerardo Diego**. Para los poetas, incluso los ángeles y el mar tienen sexo.

El problema de unidad en el criterio moral, que inevitablemente suscita una antología de textos escritos en contextos históricos y culturales diferentes, y la cuestión de jerarquía en el orden de los valores, no fueron planteados en aquel acto subversivo. Si el historiador **Gustavo Villapalos** afirmó el carácter universal de las visiones historicistas o situacionistas de la moralidad. Dejando abierto el camino para encontrar el valor primario sobre el que cimentar la moral social de las costumbres y la ética política. Incluso los mandamientos de la ley divina se encierran en dos tipos de amor no exentos de contradicciones. Porque amar a Dios sobre todas las cosas no supone un gran amor para quien las desprecia. Y amar al prójimo como a tí mismo sólo sería buen amor para el egoísta o el narcisista. Es decir, para los que no pueden amar. Por eso, el trascendentalismo alemán lo confió todo al imperativo categórico (responsabilidad). Y el trascendentalismo americano, a la confianza en sí mismo (autenticidad). Pero el valor primario que posibilita los otros es la pasión de la verdad. La veracidad es, por razón elemental, la ética de la democracia. Mientras que la justicia, como dijo **Villapalos**, es el valor que da razón final a los demás valores. Por ello es virtud suprema de la política.



E. AMPUDIA

vechar ese desco de mayor autogobierno nacional expresado por la práctica totalidad de los partidos políticos catalanes y hallar objetivos comunes —nada difícil cuando los distintos congresos han evidenciado multitud de propuestas coincidentes— podríamos avanzar hacia un segundo grado de consenso, el de los grandes objetivos nacionales, que nos acercaría a conceptos tan reivindicados como el pacto de Estado o el derecho a la autodeterminación.

Se dice, no sin cierta razón, que el papel aguanta todo cuanto sobre él se escriba. Así pues, resulta muy

sencillo invocar pactos de Estado definitivos, reivindicar plenas soberanías o mayores dosis de autogobierno y construir, a partir de tales conceptos, utópicas aspiraciones o bellos modelos teóricos, en tanto que su concreción práctica, lamentablemente, se deja para mejor ocasión. ¿Qué hay de malo, pues, en indagar la realidad de las grandes profesiones de fe catalanista e intentar hallar estrategias conjuntas para objetivos coincidentes?

Si el consenso fructifica, sus resultados supondrán un avance histórico para Cataluña; si fracasa, los ciudadanos podrán juzgar qué cau-

sas han impedido su viabilidad y la responsabilidad de cada cual en este proceso. Pero en cualquier caso, habremos clarificado el escenario político catalán y será la propia realidad quien demuestre el largo abismo que puede existir entre las declaraciones políticas y los hechos. Siempre quedará la negociación del día a día o la optimización de las fuerzas disponibles en Madrid por parte de quienes no renunciamos a ningún mecanismo para mejorar el país y aumentar las competencias de Cataluña; pero, en el largo plazo, el día a día como único objetivo supone una estrategia precaria y sometida a demasiados imponderables.

Ambicionar una Cataluña soberana y consciente de su interdependencia no supone ninguna herejía; muy al contrario, en la línea de Unión, constituye un ejemplo de coherencia.

¿Alguien juzga censurable, pues, que Unión diseñe estrategias para la consecución de objetivos compartidos?

Creo que no. En el ámbito político catalán existe un exceso de grandes declaraciones pero se echa en falta la determinación de vías concretas para realizarlas. Los objetivos continúan lejos y las estrategias se diluyen. Por ello, cuando Unión plantea la posibilidad de consensuar esfuerzos no está renunciando en modo alguno a sus objetivos, sino, muy al contrario, está indagando la manera de hacerlos posibles.

Sin duda alguna, es legítimo que las distintas sensibilidades políticas catalanas planteen otras vías de acceso hacia la soberanía de Cataluña; lo censurable sería que no plantearan ninguna.

En todo caso, cuando los objetivos comunes y plenamente compartidos unen por encima de cualquier divergencia, las distintas estrategias siempre son objeto de legítimo debate; y tras el debate suele nacer el acuerdo y la coincidencia.

Josep Antoni Duran i Lleida es presidente del Comité de Gobierno de Unión Democrática de Cataluña.

solamente emite pobres opiniones y escrita por alguien que no tiene ni idea del mundo empresarial. **Maribel de Castro Hernández**. Madrid.

Cuenca, Patrimonio de la Humanidad

Sr. Director:

Me acaban de informar mis amigos: por fin, Cuenca es Patrimonio de la Humanidad. De la sorpresa y alegría paso al desencanto. ¿Y cómo no me he enterado yo, si soy un diario lector de periódicos, si frecuento los informativos y programas culturales de la radio y televisión? Es lo de siempre. Las noticias de las ciudades pequeñas no son importantes, no trascienden. (El pasado 13 de diciembre, sí, su periódico hablaba de la exposición de Millares en el



Dodel

Museo de Arte Abstracto). Por eso yo, ahora, siento la necesidad de informar, de comunicar la noticia, de contagiar a todos la alegría que tenemos los cuencenses y los amantes del legado humano y natural, del cual somos depositarios. Cuenca

también es Patrimonio de la Humanidad, como Córdoba, Granada, la obra de Gaudí, etc... Pero para ello es necesaria la colaboración de su periódico, que llega ya a muchos lugares del mundo.

Aquí, en Cuenca nadie es extraño, queremos compartir todo lo nuestro, porque venir a esta ciudad es viajar a la tranquilidad, al sosiego, al disfrute. Por eso proclamamos que Cuenca existe, y ya es de todos. Es, maravillosamente, Patrimonio de la Humanidad. **Francisco Page Jiménez**. Barcelona.

Gracias a una madre

Sr. Director:

El nacimiento de los sex-tillizos de Huelva ha sido un acontecimiento de más envergadura que el último

partido del siglo. Aunque soy muy aficionado al fútbol, admiro más la categoría de **Rosario Clavijo**, madre de los seis niños, que la macetría de los **Ronaldos**, **Hierros** y **Raúles**.

Ella quería una familia numerosa y ¡vaya si lo ha conseguido! En unos momentos en que muchos padres prefieren tener un solo hijo, **Charo** sabe que para un niño es un lastre no tener hermanos con los que jugar, reñir, querer y desarrollar su personalidad.

Rosario y su marido **Miguel Ángel** han procurado el nacimiento de todos sus hijos, y que el parto se desarrollara sin cámaras de televisión, aun a costa de renunciar a ganar mucho dinero. **Gracias y chapeau**. **Fernando Sivit Gañán**. Madrid.